

Las reuniones (Fragmento)

Lámparas de oca

Miedo no, no era miedo, era esa inquietud que ya conocía porque la había sentido otras veces al entrar a esos edificios del centro de techos bajos y pasillos estrechos. Es un alerta que se enciende al bajar del ascensor en un palier oscuro y saber que detrás de cada puerta hay un mundo.

El departamento estaba en el primer piso. Desde la calle las ventanas parecían al alcance de la mano. Abrió la puerta Tomás, en pantuflas y pantalón pijama con camisa y pullover escote en v. Tenía el pelo corto pero crecido en una melena canosa y un cigarrillo encendido entre los dedos. Me hizo pasar, arrastraba los pies entre paredes espejadas y cosas cubiertas con telas blancas, que podían ser cajas o muebles apilados. El departamento parecía muy chico, a menos que se extendiera como un laberinto detrás de alguna de las tres puertas cerradas. Las persianas estaban bajas y la luz provenía de algunas lámparas. Una estaba sobre la mesa que funcionaba como escritorio, iluminando el sector de trabajo: la caja de cigarrillos baratos, el cenicero y la máquina de escribir. Las otras dos tenían forma de oca y estaban apoyadas aquí y allá sobre los montículos cubiertos, como la escenografía de un pesebre viviente.

Era una entrevista de trabajo. Se trataba de un texto literario, una novela, que Tomás no podía terminar. Quería probar si era posible hacerlo dictándole a alguien en lugar de teclear. Había estado pensando que se le daba más fácil hablar que escribir. Mientras acomodaba el papel en la Olivetti le aclaré que no era mecanógrafa profesional, que escribía con cinco dedos, aunque bastante rápido. Se reclinó contra el respaldo de su asiento, aspiró una profunda bocanada de humo y cuando la soltó, el aire se impregnó de aroma a pastizal quemado. Yo estaba atenta, con los dedos listos para teclear lo más rápido posible, aunque me había contestado que no le importaba la velocidad porque necesitaba tiempo para pensar la frase siguiente. Era cierto, rumiaba un buen rato cada unidad antes de soltarla. Yo contestaba con el equivalente en golpecitos del teclado, como si estuviera traduciendo a frases rítmicas. Era muy íntimo ese acto, ¿cómo podía alguien permitir que otra persona asistiera al momento en que nace una frase y hacerla atravesar la oralidad antes de llegar al papel? Me dijo que otra de las tareas era leer en voz alta lo que fuésemos escribiendo y algunos capítulos terminados que quería reescribir. La indicación era que el tono de lectura fuera neutro, no quería ninguna expresividad que subrayara posibles intenciones. Me dio un libro y me pidió que leyera un párrafo. Elegí al azar y leí tratando de no apurarme ni entonar. Me dijo que me esperaba a la mañana siguiente.

Al otro día, había una novedad. Apenas abrió la puerta me dijo que se había olvidado de mencionar que en la casa, además de él y su mujer, Rena, vivían siete gatos y que tendría que ser aprobada por todos los miembros de la familia. Mientras avanzaba despacio hacia la mesa vi que uno de los gatos estaba inmóvil debajo de la lámpara, otro me observaba desde los picos bajos de las montañas de sábanas blancas y otros dos, más lejos, parecían fingir que dormían pero vigilaban desde distintas cumbres, en la penumbra. Fui consciente de que dominaban la situación. Apenas nos sentamos apareció Rena. Tenía el pelo muy claro y finito, casi invisible, del mismo tono que la piel. Uno de los gatos salió corriendo cuando nos saludamos con un beso y el que estaba debajo de la lámpara se erizó soplando. Rena parecía preocupada, estaba muy atenta a las reacciones de la familia gatuna. Señaló a la madre y a uno de los más jóvenes como los difíciles. Tomamos el café que nos preparó y empezamos a trabajar.

No me puedo acordar de qué se trataba la novela, ni siquiera creo que haya llegado a saberlo entonces. Tomás me debe haber contado el argumento general, pero como trabajábamos por zonas yo no sabía con certeza dentro de qué mundo estábamos ni qué quería decir esa parte. Había gatos en el texto, eso sí, y alguien que escribía, una mujer que escribía y observaba a los gatos y se distraía de su trabajo de escribir.